

# La verdad del arte y la mentira de la lente

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

Ahora, cuando el progreso de la fotografía ha ganado cumbres espléndidas, cabe anotar si entre sus conquistas puede darse la de un reflejo exacto, evidente, incontestable de la realidad, copiándola con verdad mayor que el pincel sobre la tela, o el cincel en la piedra, la madera y el granito. Desde luego la reflexión reza con el arte figurativo, el que procura seguir lo más de cerca posible al hombre y su circunstancias; el que ha dejado obras maestras que se conservan en los museos, en los edificios públicos de las principales ciudades del mundo, en piezas que han recorrido el globo impresas en hojas de turismo, en suma, el arte que está al alcance de todos cada día bajo aspectos más técnicos de excelentes planchas a todo color. Y a propósito de esto, según nos lo dicen papeles llegados de Alemania, ya se están haciendo reproducciones de lienzos famosos según un sistema patentado por G. F. Dietz, de Stockheim, que permite lograr las réplicas con tan asombrosa fidelidad, que solamente los rayos X pueden identificar los colores metálicos de la copia,

para distinguirla del original y con el fin de no apoyar la estafa en los terrenos del arte, viables más que nunca por este halagüeño sendero, cada réplica estará provista de un distintivo bastante identificable en el reverso, y jamás se hará al mismo tamaño de la firmada por el creador. Llega a tanto este procedimiento, que la imitación obedece exactamente al estado actual de las obras, mostrando los colores ennegrecidos por el tiempo e incluso las resquebrajaduras. También la estructura de la superficie es en todo semejante. Se emplea en la elaboración el mismo material del original: lienzo en todas sus variedades de contextura, tablas tratadas con los mismos sistemas empleados por los artistas de siglos pretéritos. Tal maravilla no es posible sino después de un análisis detallado de la obra, su construcción total, registrada en películas especiales que permiten el estudio de cada una de sus propiedades. Los elementos se recomponen después en casi cuarenta etapas de impresión. Cada tiraje tendrá un máximo de quinientos ejemplares

y en el caso de los artistas vivos, estos deben, además de autorizar el lanzamiento al mercado de las réplicas, marcar de propio puño cada hoja, pues solamente un experto de gran calibre puede diferenciarlas del original.

Decía que la cámara fotográfica, al parecer y según el ojo humano lo aprecia, mejor aprisiona la realidad, en comparación con la pintura y la escultura. Pero un detenido estudio de algunas fotografías, las instantáneas en modo particular, y ciertas páginas gráficas que nos dicen de trabajos plásticos que son patrimonio de la humanidad, nos evidencian que la fotografía, con todos sus avances mecánicos, no logra alcanzar las dimensiones de agilidad y perdurable sentido que algunos artistas geniales pudieron comunicar a cuanto salió de sus manos.

Esto es observable en lo que dice al movimiento. Esas ilustraciones de primera plana en los diarios, que recogen la marcha de los batallones y los colegios en desfiles, parecen inmóviles sobre una pierna y hasta parece que saltan, pero no dan la impresión de avanzar. Así de pronto la fotografía toca a los hombres de parálisis, los petrifica, como en el truco cinematográfico de parar la cámara y dejar a la bañista en mitad del camino del trampolín a la piscina o al jinete vertical al obstáculo en el momento del salto. Los personajes son captados en plena acción, marcha, toreo, deporte o discurso, pero resultan de repente diluídos en el aire, porque las partes todas de su cuerpo están aprehendidas exactamente en el mismo cuadragésimo de segundo y

por lo tanto no hay, como sucede en el arte, el progresivo desarrollo del gesto.

Lo que en la fotografía se nos presenta como desligado y en ocasiones hasta ridículo, en el arte aparece pleno de armonía, sencillamente porque los grandes artistas se dieron cuenta de que el movimiento, o sea la transición de una actitud a otra, debe observarse minuciosamente para que el espectador verifique cada estado de ese gesto. El pintor y el esultor, al poner en movimiento a sus personajes, ejecutan una especie de metamorfosis, el paso de una pose a otra, deslizándose insensiblemente la primera hacia la segunda y así sucesivamente.

Miguel Angel en sus frescos, Rodin en sus esculturas, para no citar sino dos nombres famosos, lograron el movimiento en todas sus figuras, las hicieron avanzar para que permanecieran vivas por los siglos. Un pie se desprende fuertemente de la tierra, como en el **San Juan Bautista**, el peso del cuerpo se desplaza, el brazo se tiende hacia adelante, como en la **Creación del hombre**, logrando los artistas, además de mostrar la función puramente física, expresar también la misión entrañada en sus personajes, contenida en los rostros y las manos proyectadas como símbolos.

Las cuidadosas miradas a las reproducciones de las obras magistrales, hechas cuando los viejos artistas no tenían ni malicia de que un día fuera a inventarse el cine con sus endiabladas secuencias, nos dicen que ellos lograron, dentro de su medida y acordes al instante, iguales resulta-

dos, porque hoy nos hemos convenido de que no hay artes que se envejecan y se alejen para ser remplazadas por otras más jóvenes. Hay apenas lapsos de vigencia, temporadas podríamos decir, porque cada uno tiene su propio, elocuente lenguaje, para dirigirse a la humana veleidad.

Los grandes relieves, las estatuas, los cuadros, siguen con su mensaje permanente en vida perpetua. Las fotografías conocen trance fugaz. La cámara puede captar en caliente un fragmento del movimiento; la obra de arte, intesificando la impresión del movimiento, refleja la acción entera.